

En busca del Mercado de Capital Humano

Los países latinoamericanos han ocupado titulares con demasiada frecuencia en la prensa mundial por los pavorosos escándalos relacionados con "los niños de la calle". El bandolerismo juvenil e infantil, las "maras", las huelgas vandálicas de escueleros, el alto grado de drogadicción y prostitución de menores, el abandono sistemático por sus madres de niños y recién nacidos, el tráfico de adopciones, el más alto grado de desempleo entre los jóvenes que ingresan por primera vez a las fuerzas de trabajo... Y luego los crímenes horrendos que se cometen en las personas desamparadas de los niños de la calle... Todo esto tiene una explicación.

Si la juventud es el futuro, éste no se ve bien. Esta situación señala la subutilización, hasta el desperdicio, del recurso más valioso y escaso de todos: el recurso humano.

El Capital Humano

La aplicación de la teoría económica al recurso humano puede iluminar la discusión que en materia educativa debe hacerse. Pero para ello hay que distinguir al CAPITAL HUMANO del TRABAJO. El insigne Alfred Marshall, en sus *Principios de Economía*, enunció: "El capital más valioso de todos es el que se ha invertido en seres humanos".¹

Fue en 1960 cuando T. W. Schultz, Profesor de Economía Agrícola de la Universidad de Chicago, trató el tema del CAPITAL HUMANO abiertamente. En un discurso que fue posteriormente publicado en la *American Economic Review* de 1961, planteó el problema así:

Aunque el hecho de que los hombres adquieren habilidad y conocimientos útiles es algo evidente, no es evidente sin embargo que habilidad y conocimientos sean una forma de capital, que ese capital sea en gran parte un producto de la inversión deliberada, que en las sociedades occidentales ha crecido a un ritmo mucho más rápido que el capital convencional (no-humano), y que su crecimiento bien puede ser el rasgo más característico del sistema económico. Se ha observado ampliamente que los incrementos de la producción nacional han sido relacionados en gran manera con los incrementos de la tierra, horas de trabajo y capital físico reproducible. Pero, la inversión en CAPITAL HUMANO es probablemente la principal explicación de esa diferencia.²

Hoy casi todos conceden al mercado su lugar como el mejor "modelo" disponible para el uso del capital físico. Por analogía, ¿no debería considerarse el mismo sistema para el capital humano? Propongo que sí y a continuación expondré las razones.

Juan F. Bendfeldt es Profesor universitario de Economía y Ética Social en las Facultades de Derecho y Humanidades de la UFM, Director Ejecutivo y Editor del Centro de Estudios Económico-Sociales, CEES, miembro Fiduciario de la Fundación Educativa Guatemala, y Presidente de la Junta Directiva del Colegio Interamericano.

En los países pobres lo que la pobreza describe es el bajo nivel de remuneración del trabajo. Lo que nos hace falta es transformar nuestros recursos humanos inyectando capital humano. Pero aquí cabe una advertencia. Invertir en capital humano cuando esa inversión no está siendo demandada por la previa inversión física es destruir recursos escasos y valiosos. Los que creen que invertir en educación basta, y al mismo tiempo destruyen las condiciones para la inversión de capital físico, tarde o temprano se darán cuenta de lo infructuoso del gasto educativo. En lugar de lograr rendimientos, lo que se habrá producido será el consumo, extinción o agotamiento de recursos escasos sin rendimiento alguno. Esa es la dimensión de las pérdidas en el capital humano.

Podría darse un clima favorable y propicio a la inversión de capital físico al mismo tiempo que el mercado de capital humano se encuentra inexistente o disfuncional. En tal caso, el efecto positivo de una dimensión sobre la otra estaría restringido y con seguridad la inversión en capital físico tampoco tendría los rendimientos deseados por no existir su contraparte que la conduzca al efecto deseado de un aumento de productividad.

Resolver el problema del equilibrio dinámico que necesariamente debe existir entre el capital físico y el humano es un problema de naturaleza económica, no de naturaleza política. Es un problema del mercado, no del Estado. No obstante, la educación como un bien se ha utilizado tradicionalmente como un ejemplo de una "falla del mercado", argumentando que, debido a la imposibilidad de capturar todos los beneficios por quien invierte en sí mismo el capital humano, el mercado tendería a no proveerla en suficiente cantidad. De ello se concluyó, equivocadamente, que una función del Estado era estimular mayor oferta de servicios de educación. El record histórico, en donde ha sido posible registrar el funcionamiento del mercado sin la intervención estatal, además de los argumentos teóricos propuestos por el Profesor E. G. West desde 1976, permiten hoy

concluir que la "falla del mercado" no existe.³ Y si existiera, el hecho de que el mercado opere dentro de las limitaciones de la imperfecta realidad, no justifica aceptar la opción pública cuando la experiencia y la teoría confirman un menor grado de eficacia y acierto.

La naturaleza del problema

Como lo planteó F. A. Hayek en su famoso ensayo *"El Uso del Conocimiento en la Sociedad"*:

El problema de decidir cuál es la mejor manera de utilizar el conocimiento que inicialmente se encuentra disperso entre toda la gente es, cuando menos, uno de los principales problemas de la política económica o, lo que es lo mismo, del intento de diseñar un sistema económico eficiente.⁴

Qué es lo que es conocimiento útil y para qué propósito o plan es que es útil es el problema a resolver. Hayek nos da la clave al definir más concretamente el problema:

...el conocimiento de las circunstancias que debemos utilizar nunca existe en una forma concentrada o integrada, sino solamente en la forma de conocimientos dispersos, incompletos y frecuentemente contradictorios, que diferentes individuos poseen... Es más bien el problema de cómo lograr el mejor uso de los recursos conocidos por cualquier miembro de la sociedad para fines cuya importancia relativa solamente esos individuos conocen. O, para expresarlo brevemente, es el problema de la utilización del conocimiento que no le es dado a ninguna persona en su totalidad.⁵

Las interrogantes siguientes aclaran la naturaleza compleja del problema por resolver:

Primera. Si el conocimiento útil está, en su estado natural, de forma dispersa, y las necesidades de ese capital humano también están

dispersas, ¿no resulta obvia la contradicción de proponer un sistema centralizado y concentrado? El solo esfuerzo de centralizar y concentrar implica costos innecesarios.

Segunda. Si el "para qué", es decir, el destino de los bienes que conforman el capital humano, responde a los valores y deseos diversos -los planes a veces contradictorios- de la gente, ¿puede la planificación centralizada satisfacer esa condición? ¿Puede poseer la información sobre los planes particulares de la gente?

Tercera. Si se presupone que los dos sistemas son imperfectos, pues está de por medio la imperfección natural del hombre, ¿en cuál existen mayores probabilidades de error? ¿En un sistema de opción única u opciones limitadas, o en un sistema de opciones en combinaciones sin más límite que la imaginación de todos los participantes?

Cuarta: Si parte del problema del conocimiento útil es su descubrimiento, su renovación, un proceso de reducción de la ignorancia, su puesta a prueba a través de la experimentación, y el riesgo implícito en el cuestionamiento de la "verdad" ya conocida... ¿qué sistema permite este proceso? ¿Un sistema que administra lo ya conocido, que tiende a la simplificación, que es el status quo? ¿O un sistema que para mantenerse vigente requiere de la innovación y cambio permanente?

La opción del mercado

El mercado es, en esencia, un proceso policéntrico, de fuerzas dispersas iniciadas en las preferencias de la gente, que permite la experimentación y la selección gradual de las soluciones que funcionan con más eficiencia. Desarrolla incentivos a la búsqueda responsable de soluciones nuevas que se presentan continuamente.

Las observaciones siguientes del Capítulo XV del tratado ACCION HUMANA, del jurista y economista Ludwig von Mises, nos hablan de

un proceso SOCIAL, cuyo origen son las decisiones subjetivas y personales de cada uno de los participantes, quienes para actuar toman en cuenta informaciones sobre fenómenos complejos -lo que los demás desean o requieren- mediante la síntesis maravillosa que son los precios:

El mercado no es un lugar, ni una cosa ni un ente colectivo. El mercado ES UN PROCESO que lo mueven las acciones de los diferentes individuos que cooperan en el sistema de la división del trabajo. Las fuerzas que determinan la situación del mercado -que están en cambio constante- son los juicios de valor de esos individuos y las acciones que determinan dichos juicios de valor.

El proceso del mercado es la adaptación de las acciones individuales de los diversos miembros de la sociedad a las exigencias de la cooperación mutua. Los precios del mercado le informan a los productores qué deben producir, cómo hacerlo y cuánto deben producir.⁶

Mucho se ha escrito sobre la importancia de los precios libres del mercado como un sistema de información valiosa que induce a los individuos a tomar decisiones economizadoras; es decir, los mueve hacia el buen uso de los recursos escasos, hacia su óptima asignación.

Si los bienes relacionados con los conocimientos útiles son valiosos para las personas, y si éstas están dispuestas a prescindir de algo valioso para obtenerlos o adquirirlos, sin duda el mercado genera un precio para ellos. En la medida en que haya muchas personas que compiten entre sí para obtener tales bienes, y en la medida en que haya muchas otras compitiendo por ofrecerlos, en esa medida el sistema de información será más eficiente, pues los precios contendrán los juicios de valor -la información sobre la utilidad y escasez relativa alrededor de las circunstancias que rodean a cada participante del proceso- de más información y

conocimientos útiles dispersos.

El solo hecho de que hay mucha gente dispuesta a pagar por comprar un libro, o por arrendarlo, o de que haya gente que produce enciclopedias es buena seña; el hecho de que exista la profesión remunerada de maestro, de que existan múltiples opciones educativas que la gente voluntariamente paga, de que haya diversidad de instituciones que se dedican a ofrecer conocimientos útiles que la gente puede adquirir pagando por ellos menos de lo que le costaría descubrirlos o generarlos empíricamente por sí mismos es prueba suficiente de que el capital humano útil es una "mercancía" o un bien con un valor económico para la cual pueden manifestarse precios en el mercado.

El mercado es un proceso de múltiple participación. Cada quien toma la decisión que conforme a su juicio, y a la información de que dispone, es la que más le conviene. Los precios libres, incluyendo el interés del mercado de capitales y las libres remuneraciones de los servicios personales, así como la búsqueda de beneficios y mayor productividad, orientan la inversión en bienes de capital, tanto físico como humano. Nadie dirige el proceso, nadie tiene la capacidad siquiera para comprender la totalidad de los sucesos y eventos que confluyen en el orden espontáneo del mercado.

La opción pública

Existe la otra posibilidad que la da el uso del poder político para fines ajenos a la protección común de los derechos de las personas. Estado y comunidad no es lo mismo. El Estado tiende a la concentración, a la centralización, a la sobre-simplificación que anula la diversidad natural de la gente. Se mueve en un proceso burocrático y administrativo que elude el riesgo del cambio con la resistencia. Incrementa su costo de manera casi inevitable. Desarrolla incentivos perversos e irresponsabilidad en cuanto al uso de los recursos.

El Estado, con su poder coactivo, se puede

utilizar para dispersar los costos entre muchos y para concentrar los beneficios en unos pocos. Sus políticas siempre resultan ser el reflejo de lo que unos quieren que hagan los demás. El cálculo económico en ese escenario no funciona -simplemente no se puede hacer- pues el peso del error no recae nunca entre quienes toman las decisiones en nombre de todos, y en quienes sí recae -todos los contribuyentes- el costo se ha diluido hasta casi ser imperceptible. Quienes reciben los beneficios, si acaso, estiman comparativamente sus costos propios, y no los de toda la sociedad que contribuyó a sus beneficios; de esa forma no tienen posibilidad de percatarse de si la suma total de beneficios supera la suma total de costos. Es por ello que resulta fácil asegurar lo que es imposible: que la educación estatal sea "gratuita".

En la educación "gratuita" que ofrece el Estado se utiliza por lo menos alguna cantidad de recursos. El punto no es si es gratis o no, sino quién paga los costos y quién recibe los beneficios.

El hecho de que mucha gente exija y demande que el Estado destine más recursos a la educación "gratuita" no es seña de que tales bienes sean realmente gratis, ni que sea el gobierno quien los asigne mejor. Demuestra, eso sí, que la gente demanda tales bienes y que pagan por ellos de forma obligatoria en la forma de impuestos y sin que corresponda a sus juicios de valor. Demuestra también que no se ha alcanzado a comprender que la intermediación de un agente burocrático no es tan eficiente como el sistema de mercado. Pero, en ambos casos, el capital humano tiene un valor económico que no puede ponerse en duda.

Fue Adam Smith, hace ya más de 200 años, quien escribió:

El gobernante que intentase dirigir a los particulares en cuanto a la forma de emplear sus capitales [yo incluyo la dimensión desconocida del capital humano con el perdón del Sr. Smith], no

sólo echaría sobre sí la responsabilidad más innecesaria, sino que se arrogaría una autoridad que no es prudente confiar ni siquiera a Consejo o Senado alguno; autoridad que en ningún lugar sería tan peligrosa como en las manos de un hombre con la locura y presunción bastantes para imaginarse capaz de ejercerla.⁷

La cuenta final

En todo caso, no es el hecho de si son bienes valiosos y deseables lo que está en tela de juicio, ni si la gente está dispuesta a pagar por ellos -a invertir en el capital humano- sino el sistema para su asignación. No es el valor económico del conocimiento útil lo que se disputa, sino la forma en que la sociedad decide sobre éste.

Cuál de los dos sistemas es más eficiente en la asignación de los recursos escasos ya casi no se discute cuando se habla de cosas, objetos, mercancías o bienes. El mercado como sistema económico ya no se pone en duda. Para el caso del capital humano -del conocimiento útil generado o depositado en las personas- no obstante, esa creencia parece no aplicable porque aún no lo asociamos como un valor del mercado, o como un bien económico.

A estas alturas del siglo XX y del avance de las ciencias sociales, a pesar de que los reaccionarios estatistas siguen defendiendo al status quo, hoy es fácil concluir que los bienes económicos se asignan mejor en el sistema económico, y no en el sistema político. Nadie niega que el sistema burocrático pueda funcionar en algún grado, lo que se ha demostrado es que no es tan eficaz -tan economizador- como lo es el mercado.

En el análisis de la demanda del capital humano un aspecto se hace evidente. La demanda se manifiesta en el mercado, sin que nadie dirija el proceso, con un orden o sistema que emerge de la búsqueda del valor que las personas

atribuyen a la posesión de conocimientos útiles. Igual situación se encontraría al analizar la oferta, excepto que está tan intervenida por fuerzas ajenas al mercado que no es tan fácil reconocerla como una manifestación pura de su sistema de comunicación y eficiente asignación de los recursos escasos. En ese ambiente no se puede hablar de verdaderos precios y tampoco la competencia puede darnos todos sus beneficios pues está restringida por todos lados.

Del lado de la oferta de capital humano lo que es importante comprender es de dónde se abastecen las fuerzas de trabajo para convertirse en bienes de capital humano. Si para el capital físico ese proceso se lleva a cabo por la gestión de los intermediarios financieros en el mercado de capitales que sistemáticamente bajan los costos transaccionales, ¿habrá tal cosa como un mercado de capital humano con intermediarios en capital humano?

Para la satisfacción de las demandas derivadas del capital humano aparecen tres tipos de instituciones intermediarias en el lado de la oferta:

- a) La familia como orientadora inicial en todo mercado, pero que en los mercados desarrollados en donde existe una extensa división del trabajo, se ve pobre en sus posibilidades en relación a las oportunidades que ofrece el mercado.
- b) Las actividades productivas de todo tipo y tamaño que pueden enseñar en el trabajo y que llevan a cabo la transmisión del capital humano en relaciones más o menos mercantiles, pero que en un mercado más extenso y con mayor grado de especialización tampoco son capaces de cubrir todas las actividades humanas, ni de elevar con eficiencia los niveles mínimos de capacitación.
- c) Las instituciones que se especializan en la transmisión de conocimientos útiles de forma sistemática, con una

organización que dependiendo de las circunstancias, adquiere formas que van desde lo comunal a lo mercantil. Cada una de ellas se justifica porque resulta transmitiendo capital humano con costos transaccionales menores para todos -padres, aprendices, empleadores y comunidad.

Cualquier propuesta de cambio debe considerar cursos de acción en estas tres dimensiones.

Cómo pasar a un Mercado Libre de Capital Humano

Debo primero admitir que no existe una teoría para el cambio. La transición del sistema presente hacia el que se busca no sigue un método científico, sino tiene lugar en el campo político. La política es el arte de lo posible han dicho algunos, y el cálculo político debe hacerse dentro de las circunstancias de tiempo y lugar. Lo importante de un planteamiento teórico es que señala al político el destino y la dirección por la que debe transitar.

En esta década, muchos países y sus líderes se esfuerzan por producir cambios en sus sistemas agotados. Los países nuevos y los países de la antigua órbita socialista tienen un camino más sencillo ante la claridad de dirección que ha surgido desde 1989. Ellos ya descartaron por ineficaz la solución socialista degenerada hasta su natural expresión práctica. En el Tercer Mundo el debate ideológico aún no ha cesado en el campo político y eso hace más difícil emprender el camino. Latinoamérica parece atrapada en un vacío intelectual en el que la cultura de izquierda se ha atrincherado, precisamente por el fracaso de nuestros sistemas educativos y por el aislamiento que nuestras economías cerradas han provocado en el recurso humano. El trabajo es arduo y el camino largo.

He esbozado antes mi convicción de que el

problema educativo es en esencia un fenómeno económico, y que, por lo tanto, la teoría económica le es aplicable. La dirección hacia la cual debemos movernos es hacia la liberación del mercado de recursos humanos y hacia la inversión de capital humano.

Terminaré con mis observaciones sobre por dónde comenzar el proceso de cambio.

Basta un análisis superficial de lo que debería ser el mercado del capital humano para darnos cuenta de lo que ocurre. Así como el mal llamado capitalismo -al que hoy más apropiadamente se le refiere como economía de mercado, economía libre o de empresa- se le define como el sistema de la propiedad privada de los medios de producción, al socialismo se le define como el sistema centralizado en que el Estado toma las decisiones. Es decir, es el dueño de las decisiones económicas, y por ende, el dueño verdadero de los recursos. Ahí no hay mercado ni posibilidades de que funcione el sistema económico como tal, pues los medios de producción están en manos del gobierno. Nuestros sistemas, aunque no se declaren como socialistas pues permiten algún grado de opciones privadas, en materia de capital humano son de mercados intervenidos en tan alto grado que casi no hay diferencia con el sistema socialista.

¿Cómo pasar del sistema de capital humano intervenido por el Estado a un sistema de un mercado competitivo?

Si la dimensión desconocida del capital -el capital humano- forma parte de los medios de producción, y si para que el mercado funcione se requiere la propiedad privada, la pregunta que debemos hacernos es: ¿Existe un régimen de propiedad privada, de mercado, de empresa, o de libertad en materia del capital humano? La respuesta para nuestro medio es, lamentablemente, no. Las grandes deficiencias que observamos no son fallas del mercado, sino fallas del régimen de derecho y del sistema jurídico.

Existen mayores posibilidades de lograr con éxito la transición al mercado de capital

humano si se propone a los pueblos latinoamericanos la adopción de los principios ético-jurídicos que lo sustentan, en lugar de poner énfasis en una discusión pragmática, o de perder el tiempo en una discusión ideológica.

La transición no será fácil porque, si bien existe algún consenso y apoyo en cuanto a las bondades de la economía de mercado, es evidente que no se comprende cuál es su fundamento ético y de derecho. Está, además, la resistencia al cambio - cualquier cambio- que opondrán aquellos que se benefician del status quo, y que sin duda lucharán por conservar sus privilegios y fuentes de poder.

La economía libre, o el mercado, es lo que resulta de las libres transacciones entre las personas cuando los derechos individuales fundamentales como la vida, la propiedad y la seguridad de los contratos están efectivamente protegidos. La economía de mercado y del capital humano funciona dentro de un marco -el marco del derecho- en el que la libertad se ejerce con responsabilidad. Cuando hay armonía entre ambos es cuando los beneficios de la economía de mercado se optimizan. Cuando el funcionamiento del mercado está intervenido por el Estado, o interferido en restricción innecesaria de la libertad, el resultado es que al mercado se le acusa de "falla".

Comprender la dirección hacia la cual el Estado como marco de las actividades ciudadanas debe moverse es importante. Cito la advertencia que el hoy Premio Nobel, Profesor Gary Becker hizo en Septiembre de 1992 cuando entregó el cargo de Presidente de la Sociedad Mont Pélerin:

El capital humano es importante porque la productividad del trabajo en las economías modernas se basa en la creación, diseminación y utilización del conocimiento". "Las grandes inversiones en capital humano no necesariamente producen un resultado económico satisfactorio. Esto se debe a que el

*incentivo para la acumulación y diseminación efectiva del capital dependen de cuánto interferencia del gobierno haya en la economía. Hay una evidencia creciente que la contribución económica que crea la educación y el adiestramiento se ve drásticamente reducida cuando el gobierno interfiere más de la cuenta."*⁸

Probablemente haya que empezar por deslegislar, desintervenir, y por restringir el campo de acción del Estado para ampliar la libertad personal y de todas las formas posibles de libre asociación que son las comunidades intermedias. Administrativamente debe comenzarse con un proceso de descentralización, primero de decisiones y de controles, y luego de gasto fiscal. Esto permitirá que florezcan casi instantáneamente nuevas opciones. El gasto público puede canalizarse mediante los mecanismos del mercado, restituyendo a las personas particulares un mayor grado de poder de consumo y libertad para elegir.

Debe permitirse la competencia, la diversidad y el ejercicio de la responsabilidad de los padres en cuanto al futuro de sus hijos. En lugar de que el gasto público destinado a la educación sea canalizado bajo las decisiones de los funcionarios públicos, administradores y maestros, debe hacerse por decisión de las familias y de las comunidades en las que viven.

Otra área importante en la que el mismo esfuerzo debe hacerse no está en el campo educativo, sino en la legislación laboral y de seguridad social. Las rigideces que se han introducido en las relaciones de trabajo han hecho imposibles muchas formas de incorporar el trabajo productivo al proceso de formación y transmisión del capital humano. Debe abandonarse la función que la legislación laboral ha desempeñado de confirmar en la práctica el supuesto conflicto entre capital y trabajo. La legislación se ha utilizado para crear y mantener el conflicto, negando la posibilidad al trabajador de convertirse en capitalista mediante la adquisición de conocimientos útiles. Las corrientes populistas

presentan el mayor reto al cambio, pues sus rentas políticas se producen precisamente en esa indeseable situación.

Y por último, si se comprende la estrecha relación que existe entre el capital físico y el capital humano, debe considerarse la liberación de los mercados de capitales, la apertura económica y el derribo a las barreras a la inversión, pues tales procesos crearían demandas cruciales de capital humano. Sin esas demandas reales, no hay verdadera dirección de hacia donde el mercado de capital humano debe orientar sus actividades. Los incentivos del sistema económico que pujan los salarios reales de los trabajadores para arriba es la fuerza motivacional más importante que el sistema económico puede producir.

En los países no socialistas, pero que tienen sus mercados intervenidos en gran medida, debe disminuirse la carga regulatoria cuyo único fin, realmente, es la creación de flujos de rentas destinados a sobornar a una burocracia insaciable. Deben eliminarse los controles de precios y los subsidios, pues crean desinformación económica. Deben reducirse o eliminarse las altas tasas marginales de los impuestos sobre rentas y utilidades.

El qué se debe hacer está claro. Hacia donde dirigir los esfuerzos también. Lo que hace falta es la voluntad política para hacerlo.

Nuestros pueblos son pueblos de gente joven. Tienen hambre y frustración, pero aún les queda esperanza. No continuemos negándoles el acceso al capital humano al que tienen derecho como legado de la humanidad.

NOTAS

(El presente trabajo es una versión ligeramente revisada de una ponencia presentada en el VII Forum da Liberdade, Porto Alegre, Brasil, el 22 de marzo de 1994.)

1. Alfred Marshall, *Principles of Economics*, 8a.edición (Londres, 1930), pp. 787-88.
2. Theodore W. Schultz, "Investment in Human Capital," *American Economic Review*, vol. 51 (1961), pp. 1-17.
3. E. G. West, *Non Public School Aid* (Lexington, Mass.: D. C. Heath, 1976), pp. 92-93. Véase además *Education and the State* (Londres: IEA, 1970).
4. F. A. Hayek, "The Use of Knowledge in Society," *American Economic Review*, vol. 35 (1945), pp. 519-30.
5. *ibid.*
6. Ludwig von Mises, *El Mercado* (Guatemala: UFM, 1987), pp. 8-9.
7. Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* [1776] (Indianápolis: Liberty Classics, 1981; Rep. de la Edición Glasgow de 1976), vol. 1, p. 456.
8. Gary Becker, "Government, Human Capital, and Economic Growth", Discurso Presidencial, Sociedad Mont Pélerin, Vancouver, Canadá, Agosto 30, 1992.